

Némesis (fragmento)

Por César Acosta Narváez¹

Ψ David y Goliat Ψ

Sin darme cuenta, llegué al laberinto,
y me perdí entre enigmas y vacilaciones.
Vagué por esquinas de un sueño angustiante,
buscando la salida del Escher.
Pero no hallé nada; únicamente
los restos de mí mismo.
-Yo estoy loco, porque veo cosas extrañas.
-Yo estoy loco, porque hay una ciencia
que me seduce.
-Tú estás loco, porque tienes decenas de conciencias.
-Tú estás loco, porque no crees en
esta historia.
-Tú estás loco porque asimilas la psicoquinesis.
-Tú estás loco, porque simplemente
no puedes salir de este laberinto.
-Loco... LOCO... L...O....C...O... Te vas, vienes, caminas, corres,
respiras...
Una cara en cada puerta, un puñal en cada esquina
disputándose el trono del Altísimo, del simple dueño de
un cuerpo inerte....
-Hasta aquí llegaste como uno.
A partir de ahora somos todos:
-Bienvenido a la mente humana.

Por culpa de las sirenas desperté de un caótico sueño justo a las nueve
de la mañana. Todo se resumía en el cero, en la esencia de lo incierto:

¹ Estudios de Lingüística y Literatura en la Universidad de Cartagena. Miembro del Grupo de Estudio CaribEle de la Universidad de Cartagena, especializado en enseñanza del español como lengua extranjera. Docente de español en el Centro Catalina (Spanish School). e-mail: jupiter3220@hotmail.com

era él, era yo, era todo... Mi mundo, mi realidad, mis sentidos. Todo lo que creí inquebrantable no fue más que una simple farsa.

De cada noticia y relato, incluso de la experiencia propia, pensaba: “¿Y aun así por qué no asimilo la realidad? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Porque soy humano? ¿Por qué, aun sintiendo la hoz en mi cuello, evado el terror? Tantas preguntas me provocaron una fuerte jaqueca. Pensé en lo más evidente y certero tras aquella inusual experiencia que remitía a lo mortalmente fantástico: Verizca, al igual que todo Zoel, estaba acabada, y lo peor era que yo también.

Me ardían los ojos, mi pecho se comprimía y la voz se me quebraba. Era como si mis sentidos se estuvieran atrofiando y regenerando al mismo tiempo. Una vacilación que mi cuerpo asimilaba con brusquedad, con pérdidas momentáneas del equilibrio.

La presión del aire aumentó y los objetos alcanzaron una tonalidad y un peso incierto. Durante unos instantes observé las manecillas del reloj: se habían detenido. Los números revoloteaban dentro del marco. Entendí entonces que el tiempo también es vulnerable; se somete, se corrompe ante lo sobrenatural. O tendría que decir, ante el manipulador de una ciencia olvidada.

Diminutas partículas luminosas levitaban. No supe de dónde provenían, sólo que estaban allí, en cualquier esquina y sobre cualquier objeto. Cada vez que parpadeaba, aquellos fragmentos se multiplicaban. Parecían parásitos y sanguijuelas alimentándose de algo, de alguien. ¿Estaba yo loco? ¿O borracho? No, no valían los pretextos. Aquello era especialmente real.

En un último intento por ignorar la atmósfera, caminé hasta la cocina. No encontré el encendedor, así que recurrí al microondas. Pollo asado con arroz de fideos: el almuerzo de todos los jueves. Tenía una sed que sólo podía saciarse con la limonada de mamá. Pero antes de que alcanzara a tomar un poco, oí un infernal chirrido. Me estremecí y la botella de leche que había tropezado sin querer se rompió. Los fragmentos de vidrio no se quedaron en el suelo, sino que se unieron a las partículas luminosas del aire. Algo húmedo, caliente, espeso, recorrió mis mejillas, y mis pies se hicieron distantes.

Cuando cesó el chirrido, los tenedores, cuchillos, espátulas y destornilladores de mamá se movieron por la cocina. Giraban, animados, deformes. De repente, apuntaron hacia mí. No, no podía ser un sueño, me dije; tampoco el efecto de una droga verizcana. Esto era provocado por el Verdugo. Zig, zag... el filo de las hojas bailó en una

curva deslumbrante. De espaldas, ahora agachado frente a la puerta abierta de la derrocada nevera, vi mis manos ensangrentadas. Me agitó ese repugnante color escarlata. Me recordó las tripas y los sesos de vaca que tanto aturdieron mi niñez. Corrí hacia la sala. Pero el chirrido volvió de nuevo.

Alcancé las escaleras, esquivando ondulantes lámparas y candelabros salvajes. Subir cada escalón fue una odisea contra la gravedad. Cuando finalmente llegué al último, me esperaban el secador, la máquina rasuradora, dos lámparas pequeñas y una antigua grabadora: formaban una barrera eléctrica. Los objetos se dividieron. Acoplándose, formaron un arácnido mecánico.

-Tengo miedo... tengo miedo -grité-. No quiero morir, papá. No puedo morir todavía.

